

los errores y el orgullo del espíritu humano; ni ha omitido proveerla de hombres celosos de su ley, para que hagan frente al desarreglo de las costumbres, para combatir los vicios del siglo y reformar los abusos. Y aunque tocamos por la experiencia, que Dios reparte los dones á su arbitrio, y que no á todos los sabios ha dado el don de palabra, sin embargo como santo Domingo era su ministro extraordinario, le comunicó los dos talentos, para hacerle capaz de combatir á un mismo tiempo los errores y los vicios con igual suceso que celo.

Mas atendida su vida prodigiosa y sus ilustres hechos á favor de la religion, no basta para concluir su elogio considerarle como doctor y predicador extraordinario, que de una parte confunde la herejía con la fuerza irresistible de sus discursos y escritos, fundados en la verdadera y sana doctrina; ni que de otra haya confundido á los herejes y á los vicios desde los púlpitos, por el ardiente celo de su predicacion. Debemos no perder de vista la doble guerra que declaró al error. En esta, como reflexiona un sabio, le vemos triunfar, no solo de la falsedad de las máximas, sino de la rebelion de los partidarios de la herejía y de los vicios. Domingo emplea para la destruccion de estos dos monstruos la espada de dos filos de la divina palabra, y aquella otra espada terrible que puso el Señor en la mano de los reyes, para abatir el poder ilegítimo y tiránico, que se rebela contra la potestad sagrada. Semejante á los valerosos israelitas que reedificaban el templo de Jerusalem bajo la conducta de Esdras; reparaba con una mano las ruinas de la casa de Dios, y con la otra combatia y postraba á sus enemigos.

Al ver profanados los templos, los vasos sagrados abandonados al pillaje, interrumpidos los sacrificios, inmolados los sacerdotes en lugar de víctimas, abolidas las ceremonias santas, violadas las vírgenes y entregadas á animales inmundos, desfigurada en fin la belleza y hermosura de la esposa de Jesucristo por los sacrílegos atentados de los albigenses; al ver, digo, estos horrores, cuya memoria no ha podido borrar el trascurso de los siglos, el celo de Domingo, este nuevo Macabeo se enardece, se enciende como una llama abrasadora, y sostenido con una bula del sumo pontífice, predica una cruzada contra esta secta impía; y considerando, á imitacion de Abraham y Gedeon, que á Dios le es tan fácil vencer con pocos que con muchos, acompañado de un pequeño número de caballeros y de sol-

dados católicos, marcha á grandes pasos, lleno de confianza en la asistencia del brazo irresistible de Dios, y en la justicia de su causa, contra un ejército de mas de cien mil herejes, que habian establecido en el Langüedoc el cuartel general de su rebelion y el teatro de sus violencias. Domingo se presenta, los ve, y los vence. Sus numerosos batallones á su llegada se dispersan; unos caen prisioneros, otros mueren al filo de la espada vengadora y ofrecen un digno sacrificio, inmolados á la ira del Dios de los ejércitos.

¡Qué grande sois, Señor, y qué irresistible vuestra potencia! Á vos se debió este triunfo, pues miéntras Domingo levantaba como otro Moises sus brazos al cielo, y el conde de Monfort, este nuevo Josué, perseguia en derrota á estos amalecitas, vuestro omnipotente brazo obraba invisiblemente. Domingo no tenia en sus manos otra cosa que un crucifijo, la bula y el rosario, y con solas estas armas veía caer á su diestra y siniestra innumerables enemigos. Así vió en breve trastornado el altar sacrilego de Baal, exaltado el nombre de Dios y concluida con su divino auxilio la empresa.

Por medio de esta memorable jornada, dice un sabio, se dignó el Señor autorizar la devocion del santo rosario bajo los estandartes de esta guerra de religion. Domingo en efecto dió en esta ocasion un ilustre homenaje á la Reina del cielo. Desde el campo de batalla pasó devoto á una capilla consagrada á Dios en honor de su verdadera Madre, y la dirigió por la primera vez aquella alabanza que la Iglesia ha repetido tantas veces á su gloria, á saber: tú sola has destruído todas las herejías: *cunctas haereses sola interemisti*. Elogio justo y verdadero, porque la herejía de los albigenses era un monstruoso cúmulo que las abrazaba todas.

Pero Domingo no se contenta con arrojar la herejía de los lugares donde dominaba. Se propone atacarla en las almas donde habia fijado su solio. No se contenta, digo, con haber destruído á los rebeldes. Nada juzga haber hecho, si no convence á los obstinados. ¿Con qué conato no promueve su conversion? Su celo, su ardiente celo le mueve tal vez á indignacion á vista de muchos infelices apóstatas de la fe, que abandonadas las fuentes de agua viva, iban á beber en las cisternas turbias y pestilentes; y arrebatado de una ira santa, les decia como otro Elías: si Baal es vuestro dios, seguidle; y si el Dios de Israel

es el verdadero Dios y Señor, trastornad los altares de Baal, para adorar al Dios de vuestros padres en espíritu y verdad. Y para que no penseis que hablo por entusiasmo, traed á la memoria el pasaje de Elías con los sacerdotes de Baal, que nos refiere la Escritura santa.

« Yo solo, dijo Elías al pueblo de Israel, solo yo soy el profeta del Señor, y los profetas de Baal son cuatrocientos y cincuenta; tráigansenos dos bueyes: elijan ellos uno, divídanlo en trozos, y colocado sobre la leña, no la pongan fuego debajo. Lo mismo haré yo con el buey que se me entregue. Invocad, añadió, los nombres de vuestros dioses, y yo invocaré el de mi Señor; y el Dios que oyere por medio del fuego, sea ese el Dios. » Buena propuesta, dijo el pueblo. Hizose lo concertado. Los profetas de Baal clamaban á grandes voces: Baal, óyenos, y nadie les respondía, por mas que saltaban por el altar que habian formado. Elías se burlaba de ellos diciéndoles: clamad mas alto... para que vuestro dios, si está dormido, despierte. Por mas diligencias que hicieron, Baal se mantuvo sordo y mudo. Elías entónces convocó al pueblo, erigió el altar del Señor, que estaba destruído, puso sobre él la leña, mandóla por tres veces rociar con agua, y que llenasen de ella un foso que rodeaba el altar; y al punto que clamó al Dios de Israel, descendió fuego del cielo, que consumió la víctima, la leña, las piedras, y desapareció el polvo y el agua del acueducto. ¡ Milagro incontestable! que leemos renovado en cierto modo en los días de Domingo. Convino este con los doctores de la secta albigense que se arrojase á una hoguera el libro que contenia sus máximas, juntamente con el compuesto por él mismo contra sus errores, y que se tuviera por verdadero el que saliera ileso. Ejecútase lo convenido, y el fuego consumió al punto el libro de los herejes, y el de Domingo, que contenia la santa doctrina, arrojado por tres veces á las llamas, no solo salió ileso, sino sin ahumarse. ¡ Así os dignasteis manifestar, ó mi Dios, la verdad de vuestra religion y la mision de vuestro siervo!

Pero el celo de este no se limita á la conversion de los herejes á la fe; anhela por la de los pecadores á penitencia. Inflamado su corazon del ardiente amor de Jesucristo, le devora el celo de la casa de Dios y la salvacion de sus hermanos. Hecho todo para todos, como otro Pablo, predica, insta, arguye, re-

prende. Su voz animada del Espíritu de Dios, como la del Bautista, era una antorcha que lucía y ardía. Sus discursos llenos de unción y de una fuerza secreta é irresistible, triunfaban del corazon de sus oyentes. Cuando predicaba á los pueblos, su rostro aparecia como un rayo de luz; que resplandecía con el fuego de la caridad que inflamaba su alma. Por manera que mas parecia ángel del cielo, que hombre terreno, dice san Vicente.

Mas no penseis que el celo de este siervo fiel se limitó á la conversion de un solo pueblo ó provincia. Recorre toda la España, la Francia, la Italia, y conducido por el espíritu de Dios, á manera de una nube misteriosa, rocía por todas partes las aguas saludables de la doctrina evangélica, que saltan hasta la vida eterna. ¡ Qué de samaritanas, qué de Magdalenas, qué de adúlteras convertidas á una verdadera penitencia por el ministerio de Domingo! ¡ Qué de publicanos, qué de ladrones, qué de pecadores obstinados no abandonaron las sendas de la iniquidad, y avanzaron su marcha por las de la salud bajo la direccion de Domingo! Los anales de la Iglesia publicarán siempre los ilustres trofeos de la predicacion de Domingo de Guzman, cuyo ministerio y espíritu dejó por testamento y herencia á sus hijos.

Consideró el santo patriarca que no podia por sí solo subvenir á las necesidades de diferentes iglesias, y que su muerte interrumpiría sus trabajos apostólicos; su celo, que á imitacion del de san Pablo se extendia á todas las del mundo, le sugirió el secreto de multiplicarse en su posteridad. Con este fin instituye una orden religiosa, consagrada por voto particular á ejercer el ministerio de su glorioso padre. Léjos de mí, señores, todo espíritu de adulacion. Mas si el árbol bueno ó malo, segun el Evangelio, se debe conocer por sus frutos, y si los hijos, como dice el Espíritu santo, son ordinariamente la muestra del padre, vosotros no ignorais cuánto ha contribuído esta venerable orden de predicadores al esplendor y extension del catolicismo por todo el mundo habitado. Molestaria yo vuestra atencion si quisiera, aun en sumario, hacer enumeracion de las regiones bárbaras en que han publicado el Evangelio y establecido la fe del Crucificado; los santos pontífices, mártires y confesores que han dado á la santa Iglesia, y que hoy veneramos sobre sus altares; los innumerables sabios que ha producido

esta órden para honor de las escuelas, de las universidades, del estado y del mundo literario. Baste decir en conclusion, que herederos del ministerio y espíritu de su glorioso padre, han dado preciosos y abundantes frutos á la Iglesia y á los estados de santidad y de sabiduría bajo la tutela de la Madre de Dios, cuya devocion y santo rosario han extendido por todo el mundo cristiano.

Prosperad, ilustre familia dominicana. Órden venerable, prosperad, como dignos hijos de tan gran padre. Atended, os ruego, á la piedra de donde habeis sido sacados. Si os gloriais de hijos de Domingo de Guzman, seguid siempre sus huellas. Imitad su celo por la honra de Dios, por la defensa de su Iglesia y verdadera religion. Combatid con la palabra y con la pluma á los herejes y á esta nube opaca de libertinos, deistas y ateistas prácticos, que pretenden destruir por sus fundamentos el santuario y los tronos. Haced con vuestra predicacion cruda guerra á los vicios, que deforman la hermosura de la Iglesia. Instruid á los pueblos en sana doctrina, segun vuestro instituto y última voluntad de vuestro santo padre, para que imitándole, se digne Dios derramar en nuestros dias su benignidad sobre la tierra ingrata de nuestros corazones, y que estos produzcan abundantes frutos de penitencia y de santidad, como en los tiempos de Domingo, este digno ministro extraordinario del Señor, y tan fiel á su ministerio: *Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum.* Suscitad, ó mi Dios, varones apostólicos, que en estos dias lúgubres defiendan vuestra causa, consuelen á vuestra afligida esposa la Iglesia, confundan la perfidia de sus implacables enemigos, los atraigan á su seno y los conviertan á verdadera penitencia, para que todos os conozcan, os amen en vida y gocen en la eternidad. Amen.

SERMON

DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

(DE BORDOY.)

Ille erat lucerna ardens et lucens,

Él era una antorcha que ardia y alumbraba.

S. Juan, c. 5. v. 35.

Si hay tiempo, señores, de trabajos y humillaciones para la esposa de Jesucristo, que profundamente amargan el corazon del fiel cristiano, le hay tambien sin duda para ella misma de alivio y ensalzamiento, que calma los sobresaltos del pecho oprimido de los buenos seguidores de su santísima ley. En cualquiera parte que abramos los anales que contienen sus hechos, ahí encontraremos marcada con toda evidencia esta verdad consoladora, que fué siempre el apoyo y sosten de la esperanza de los justos y santos. Son en verdad inapeables los juicios del Eterno, y á nadie es dado penetrar la profundidad de sus arcanos; pero sin embargo en esta economía de su adorable providencia, en vez de su hija predilecta descubrimos la omnipotencia de su brazo, y toda la vehemencia de su amor. Lágrimas de ternura arranca por cierto del corazon piadoso el ver á esta misma mano de Dios como en medio de las augustias y tormentas de su Esposa cariñosamente la halaga y acaricia. ¡Qué gracias tan singulares no le dispensa entónces! qué inmensos favores no derrama en su seno oprimido! Léjos de nosotros los cuadros sombríos y negros colores con que algunos genios petulantes é impíos han querido amancillar la gloria y hermosura de esta paloma sin mancilla. Ella nada en aire de triunfo sobre las aguas del diluvio, y se burla de las ruinas y destrozos que su impetuosa inundacion habian causado. No, jamas sucumbirá, porque el Salvador, que la ha engendrado con su sangre, ha impreso en ella el sello del triunfo y de la victoria. Así es que tan pronto notamos va á oscurecerse algun tanto, el Señor en